

LA REALIDAD VISTA DESDE FUERA

¿Qué es lo que pasa?,

Agustín García Calvo,

Zamora, Lucina,

2006, 172 pp., 22 €.

No hay duda de que la ideología dominante de nuestros días es el realismo, esa costumbre falaz de confundir verdad con realidad. Refutar prejuicio tan tenaz es tarea ardua; García Calvo la había acometido ya en su conferencia "Sobre la Realidad, o de las dificultades de ser ateo" de 1966 (en *LALIA. Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad*, Madrid, Siglo XXI, 1973) y luego en los libros *Contra el Tiempo* (Zamora, Lucina, 1993, 2ª ed. 2001), *De Dios* (*ibidem* 1996) y la recopilación de artículos, reseñas y conferencias *Contra la Realidad* (*ibidem* 2002). El volumen, breve y luminoso, que aquí nos ocupa prolonga el mismo empeño desmentidor, tomando pie de las más actuales perplejidades —ampliamente documentadas y comentadas en el Apéndice— de físicos, matemáticos y filósofos de la ciencia ante cuestiones como las de lo continuo y lo discontinuo, la naturaleza de la gravedad o de la luz o la relación entre el observador y el objeto observado, amén de la dificultad persistente de dar razón de nociones tan elementales como 'fuerza', 'interacción', 'campo', 'materia' o 'tiempo'.

En suma, la sola conclusión indudable que esos debates autorizan parece ser que los problemas más fundamentales siguen, como siempre, sin resolver; y la raíz más

honda de la dificultad —tal es la tesis audaz que García Calvo propone— es que son efectivamente insolubles mientras se formulen dentro de la realidad (lo mismo que se trate de una realidad estrictamente física que de cualquier otra supuestamente 'mental', 'espiritual' o 'virtual'), sin contar con más elementos que los, observados o postulados, hechos reales. La realidad sólo se entiende desde fuera; y para ello es preciso pasar de la física a una meta-física, que no es ciertamente ninguna Metafísica, ni teoría filosófica (ni científica) alguna, sino más bien una lógica del sentido común que descubra lo que haya de falso en la constitución misma de la realidad.

La realidad —arguye García Calvo— no es todo lo que hay, sino tan sólo lo que existe. Entiéndase que, en el sentido exacto que nuestro autor preconiza, "existe" aquello que, además de haberlo, sea lo que es; y eso ya no se concibe sin los nombres del lenguaje: no hay manera de que algo sea una rosa sin contar con una palabra 'rosa'. La realidad es, por ende, lingüística, al menos por mitad; lo que implica que no hay una realidad única y común, sino múltiples y diversas realidades idiomáticas, dependientes del vocabulario semántico de cada lengua. Los lenguajes científicos, más o menos formalizados, no escapan de esa condición idiomática; en vano pretenden referirse a la realidad en general u "objetiva".

Toda realidad es criatura del lenguaje; lo que no es decir que sea por fuerza meramente "subjetiva" o humana. Pues así como el lenguaje humano no es más que un caso de lenguaje (todas las cosas hablan, a su manera), así también la realidad humana, la realidad para "el Hombre", no es más que un caso de realidad, sin más

privilegio que el de imponérsenos como el más inmediato para nosotros (de ahí el error tan humano de tomar "el Hombre" por medida de todas las cosas).

Aun así, la realidad —humana o no— no es nunca todo lo que hay, por más que lo pretenda, por cuanto ninguna cosa puede ser nunca del todo la que es —como para corresponder a una definición exacta, cerrada y perfecta— ni puede, por tanto, ser nunca real del todo: el haber lo que hay nunca acaba de reducirse sin resto al ser lo que es; eso es un ideal (de la ciencia, y acaso de las cosas mismas también) que nunca se alcanza, y que es, sin embargo, constitutivo de la realidad misma.

Puede describirse tal situación diciendo que la realidad está continuamente cayendo o perdiéndose en lo otro, lo desconocido (que perpetuamente desmiente sus pretensiones de verdad y totalidad), y que a la vez está constantemente defendiéndose de esa caída o pérdida, incorporando cosas y hechos nuevos al darles su nombre y definición, siempre aproximativa y provisional. La evolución del vocabulario semántico de un idioma cualquiera puede ilustrar esa dialéctica, siempre que recordemos que la lengua y la realidad humanas no son nada más que un caso de lo que les pasa, en general, a las cosas. Si todas las cosas hablan, puede decirse igualmente que las cosas, a su manera, también mienten (siendo el mentir rasgo inherente, casi definitorio, de cualquier lenguaje), al menos en el sentido genérico de resistirse al descubrimiento de su falsedad. La ciencia y la filosofía forman parte de esa resistencia o defensa de la realidad; por eso no pueden menos de enredarse en problemas insolubles. Esa constatación abrumadora tiene un revés

a la defensa de la realidad para que todos los problemas de la filosofía y de la ciencia se vuelvan claros y sencillos.

Entre ellos, el más fundamental: el problema del tiempo. De las tres partes en que la visión realista —científica o vulgar— divide el tiempo, no pertenece legítimamente a la realidad más que una: el pasado. Sólo lo pasado es propiamente real; no hay más hechos que los pasados: un "hecho futuro" —esto es, un hecho que no ha pasado— es una contradicción en términos. Y el ahora, en fin, no es más que el límite perpetuamente móvil entre la realidad y lo otro en que la realidad se pierde. Las célebres paradojas de Zenón de Elea encuentran así su raíz y su justificación en otra paradoja más fundamental y no menos sorprendente, en virtud de su clara y sencilla evidencia: la realidad es lo pasado, y en lo pasado no puede pasar nada; en su ámbito estático y quieto, todo movimiento, todo cambio ha de ser ilógico, inconcebible, mera ilusión. La flecha vuela —y la vida se vive— sólo ahora, en el inasible límite entre la realidad y lo otro, lo desconocido.

LUIS ANDRÉS BREDLOW